

Los hipopótamos de Pablo Escobar, 40 años de un grave problema ambiental

el Latino Semanal

En los años ochenta, cuando Pablo Escobar desembarcó en Colombia como un capri-cho exó-tico de un temido nar-co-tra-fi-cante. Más tarde, Pepe —un des-cen-diente dís-colo— se con-vir-tió en el más fa-moso de la manada cuando lo cap-tu-ra-ron. Desde enton-ces, el país ha cam-biado de Cons-ti-tu-ción, de pre-si-den-tes y de gue-rras, pero cua-tro dé-ca-das —y varios cor-res-pon-sa-les— des-pués, el titu-lar sigue in-tac-to: “Colom-bia no sabe qué hacer con los hipo-pó-ta-mos de Pablo Es-co-bar”. Da igual cuán-do lea esto.

La his-to-ria empezó en la Hacienda Ná-po-les, a 150 kiló-me-tros de Mede-llín, donde Es-co-bar —poseí-do por el espí-ritu de un Noé me-ga-ló-mano— montó un zoo-ló-gico pri-va-do con ri-no-ce-ron-tes, ele-fan-tes y otros bichos com-pa-ros.

ESCÚCHALO AQUÍ* en el mer-cado ile-gal in-ter-na-cio-nal. Los hipo-pó-ta-mos en-con-tra-ron en el en-tor-no del río Mag-da-lena un paraíso ines-pe-ra-do: agua abun-dante, ausen-cia de de-pre-da-do-res y un clima per-fec-to para re-pro-du-cirse. Tras la caí-da de Es-co-bar y el aban-dono de la hacienda, algu-nos es-ca-pa-ron de los estan-ques que los con-te-nían y toma-ron el río. Y, con el tiempo, los cua-tro se vol-vie-ron de-ce-nas. Hoy son 169. Serán 1.000 en 2035. Y, si no se hace nada, se con-ta-rán 1.300 en 2060.

Los hipo-pó-ta-mos han vuel-to a la con-ver-sa-ción pú-blica. Si es que alguna vez se fue-ron. El Gobier-no de Gus-tavo Petro, ya en su recta final, tam-poco ha logrado resol-ver el pro-blema de la espe-cie in-va-sora más cé-le-bre —y pesa-da— del país. A fi-na-les de noviem-bre, El Espec-ta-dor les dedicó un exten-so repor-taje que abría con la his-to-ria de



Algunas mujeres no pueden cumplir con sus rutinas diarias y, a menudo, tienen pensamientos recurrentes de suicidio

Luis Díaz, un cam-pe-sino anal-fa-beto ata-cado por un hipo-pó-tamo mien-tras reco-gía agua en el charco de una finca, una mañana de mayo de 2020. Casi lo mata. “Todo el pri-mer año no podía escu-char el nom-bre del ani-mal por-que se ponía a llo-rar”, con-taba su madre.

El repor-taje tra-zaba tam-bién el mapa de las posi-bles sali-das, todas cono-ci-das y todas pro-ble-má-ti-cas. La anti-con-cep-ción con un fár-maco que requiere va-rias dosis —y que cuesta un dine-ral— logra-ría la erra-di-ca-ción en unos 45 años. La cap-tura y este-ri-li-za-ción, que re-quiere al menos de 12 per-so-nas y seis horas de ciru-gía noc-turna en un ani-mal de tres tone-la-das, es un esfuer-zo titá-nico. O la euta-na-sia, defen-dida por parte de la comu-ni-dad cien-tí-fica



como la vía más efi-caz, pero que tiene en con-tra a los sec-to-res pro-gre-sis-tas y ani-ma-lis-tas de la socie-dad colom-biana.

En ese enredo anda el Gobierno de Petro, que pro-me-tió una estra-te-gia defi-ni-tiva y res-pe-tuosa con los peli-gro-sos hipo-pó-ta-mos: tras-la-dar una parte de la pobla-ción a san-tua-rios en el ex-te-rior y con-tro-lar el

resto anti-con-cep-ti-vos. Se ha-bló con Ecua-dor, Perú, Fili-pi-nas o la India, pero nin-gún país ha cerrado el trato: es un pro-blema tam-bién para ellos. Los cien-tí-fi-cos cri-ti-can que más allá de la inten-ción no hay plan, ni pla-zos, ni finan-cia-ción. Mien-tras tanto, la pobla-ción crece, las espe-cies endé-mi-cas están ame-na-za-das, los ata-ques se repi-ten y cre-

ce la urgen-cia de hacer algo.

A pie de calle, un hipo-pó-tamo de alam-bre rojo de una tone-lada reci-be a los visi-tan-tes del Museo Nacio-nal, en Bo-gotá. Es un recor-da-to-rio del pro-blema ambien-tal y la prueba de que el ani-mal dejó de ser solo una espe-cie in-va-sora para con-ver-tirse en algo más: un sím-bolo que in-co-moda y fas-cina a la

vez. De hecho, hace solo unas sema-nas varios artis-tas colom-bia-nos, ins-pi-ra-dos en los hipo-pó-ta-mos, inau-gu-ra-ron una expo-si-ción que juega con tape-tes, foto-gra-fías, cua-dros y hasta boñi-gas del ani-mal, que han resul-tado ser el hábi-tat ideal para un hongo alu-ci-nó-geo. Para re-ma-tar el sim-bo-lismo, el artista Camilo Res-trepo pre-sentó los excre-men-tos en forma de far-dos.

Colom-bia, siem-pre há-bil en explo-rar su con-tra-dic-ción. Un país que con-vierte el pro-blema en metá-fora, en objeto esté-tico, en refle-xión in-có-moda de su pro-pia his-to-ria. En memo-ria. Da igual cuán-do lea esta carta: los hipo-pó-ta-mos —y, de algún modo, todo lo que los trajo hasta aquí— segui-rán ahí.

La Oración de protección

La Luz de Dios me Rodea;
el amor de Dios me envuelve;
el poder de Dios me protege;
la presencia de Dios vela por mí.
¡Dondequiera que estoy, está Dios!